El mundo de la decadencia

Ebert Calzada Ortiz

Image not found.

Capítulo 1

El mundo de la decadencia

Por Ebert Calzada

10 de Marzo del 2020-13 de marzo de 2020

1

Toda la noche había estado lloviendo, la gotera de la sala daba cuenta de ello una y otra vez, eso sin mencionar el repiqueteo constante de las gotas de lluvia contra la ventana de mi habitación. Como era ya costumbre estaba solo en la cama, habían pasado seis meses desde que rompí con Joselyn y aún seguía dolido por eso, lo que significaba que no me había procurado salir con alguien o siquiera hacer el mínimo esfuerzo de conocer a una persona distinta. Lo cierto es que solo un imbécil hubiera creído que ella volvería pero en aquel tiempo yo eran un imbécil así que tenía la vaga esperanza de que algún día estuviéramos juntos de nuevo y podríamos consumar todos los proyectos hermosos y maravillosos que llegamos a planear.

Aquel día que desperté después de una mala noche por culpa de la gotera y la lluvia, me hallaba en un estado bastante extraño, no sé por qué pero me sentía desorientado, apenas y reconocí mi rostro en el espejo cuando me levanté a tomar una ducha y a lavarme los dientes para ir a trabajar. Tenía ojeras y algunas bolsas, mi barba y bigote estaban bastante crecidos y llevaba algún tiempo posponiendo la afeitada, supongo que era porque Joselyn decía que le gustaba verme sin un pelo en el rostro, siempre me reclamaba que mi barba le picaba mucho cuando la besaba. También mostraba algunas arrugas y no sabía por qué o bueno tal vez no quería admitir la verdadera razón de ello, pero ese examen de mi rostro podía esperar, la alarma de mi celular que indicaba las 6:00 a.m. me recordaba que si no tomaba un café rápido y me cambiaba llegaría tarde a la primera clase en la Facultad de Filosofía y Letras en CU.

Así que me apresuré a vestirme y luego desayuné cualquier cosa, durante todo ese tiempo la gotera de la sala del departamento continuaba, parecía un vecino molesto que pone su Death Metal a las tres de la mañana y no lo quita hasta las siete porque de alguna manera, o eso pienso yo, así tiene un contacto más directo con el diablo. Sin embargo y pese a mi molestia sabía que debía hablar con el casero para que pudieran impermeabilizar el techo, el hombre era alguien bastante razonable y sabía que si le explicaba la situación pondría esa extraña sustancia que

impide que el agua se trasmine y haga goteras en todas partes.

Deseaba con todas mis fuerzas poderme mudar de ahí a un mejor lugar pero dados mis bajos ingresos y mi reciente aparición en el mundo laboral donde en tu primer empleo te piden una experiencia de seis años, era el único lugar cerca de CU y el Instituto San Patricio que podía pagar. Joselyn me dijo alguna vez que podríamos mudarnos a un mejor departamento pero luego las cosas se fueron al trasto y ya no hicimos nada, a veces me pregunto que hubiera sido de nosotros de haber podido realizar todos esos planes.

Apuré mi taza de café con mis polvorones de nuez y fui por mi mochila donde eché todos los materiales que necesitaría para ese día, un libro de los *Diálogos* de Platón de la edición de Gredos y mi biblia durante el sexto semestre de la carrera: *La crítica de la razón pura* de Kant. También guardé mis cuadernos, plumones y tomé las llaves del apartamento. Me rocié loción Lacoste y salí con mi abrigo en mano hacia aquella mañana gélida de Septiembre.

2

Siendo tan joven no tenía auto a pesar de que mis padres insistían en que debía llevarme el suyo porque no lo ocupaban tanto y si me vi muy tentado de tomar la oferta pero pronto me di cuenta que no me sentiría tranquilo si papá y mamá tuvieran alguna emergencia y no hubiera manera de transportarse solo porque su hijo se había largado con el carro hasta el sur de la ciudad, así que decliné y de esta forma tomaba todas las mañanas el metro bus en parque Hundido y me iba hasta Doctor Gálvez. Ese recorrido siempre lo hacía metiéndome a la fuerza porque en las mañanas no hay otra manera de hacerlo, a veces tenía la fortuna de irme en un metro bus vacío pero las más de las ocasiones iba a reventar.

Esa mañana como parecía ir siendo tendencia el metro bus extrañamente iba vacío, no sé si era debido a la lluvia o algo así pero no iba tanta gente, por un momento dudé de si no sería fin de semana pero tras comprobar en mi celular que era jueves me sentí un poco más tranquilo. Eché un vistazo a los demás pasajeros y por un instante creí ver en ellos no la edad que debían tener cuando subí al convoy, sino que parecían más viejos en extremo, las arrugas llenaban sus rostros y eso sin mencionar sus cabelleras blancas como la nieve, los ojos hundidos como si fuesen calaveras, todos mirando el celular o dormidos. Parpadeé y todo volvió a ser normal si es que en algún punto las cosas se habían modificado o distorsionado, en ese momento solo lo atribuí a mi desorientación matutina.

Como solía preparar mis clases un día anterior y el celular apenas lo usaba decidí contemplar la ciudad que pasaba a una velocidad regular a través de la ventana. Esperaba no quedarme dormido así que cada vez

que mis ojos comenzaban a cerrarse me espabilaba en mi asiento para evitar caer en los brazos de Morfeo.

Mientras veía pasar los edificios como en una cinta que corrieran seguía pensando en lo que había pasado con Joselyn, de verdad me seguía sintiendo muy triste por eso, pero de alguna manera no era algo exclusivo que me pasara con ella sino también en otras circunstancias de mi vida. Recuerdo que cuando acabé el CCH y entré a la carrera de filosofía en CU, a pesar de haber concluido todas mis materias a tiempo seguía yendo a ver a mis amigos y a una chica con la que iba a andar, me aferré durante mucho tiempo a esto hasta que ella me rechazó y mis amigos se fueron a estudiar sus respectivas carreras. Siempre me costó soltar y superar las cosas no sé por qué, esos años en la preparatoria fueron los mejores que recuerdo, no me preocupaba por nada, mi mamá siempre me tenía la cena lista, me desvelaba hasta tarde escuchando música y leyendo libros de Stephen King, no hacía tareas y aún así pasaba las materias de pura chiripa, no tenía novia porque estaba obsesionado con una chica que se cansó de rechazarme pero aún así encontraba una estabilidad muy rara. Todas estas cosas las llegué a extrañar en la carrera porque en ella no podía darme el lujo de desvelarme, de no hacer tareas, de leer novelas de Stephen King sin problemas, tenía que cubrir más y no tenía tiempo para mí, para hacer lo que quisiera. En el amor no me iba bien porque seguía pensando en la chica del CCH, dejé ir muchas oportunidades por eso, al final no la culpo ni nada sé que todo fue mi error por haberme aferrado a algo que ya no existía pero es que no podía creer que todo eso se esfumara en el tiempo, ni siquiera cuando lo viví supe que estaba pasando por una época inmejorable, eso solo llego a mi conocimiento hasta mucho tiempo después, en los sacrificios que tuve que hacer para acabar a los créditos y titularme en cuatro años.

Mis pensamientos se mantuvieron en esta línea casi todo el camino, recordando aquellas viejas glorias porque ahora mi vida era peor que en la carrera, tenía dos trabajos para poder mantenerme a mí mismo y ya no depender de mis padres. Vivía en un departamento mediano con goteras, mi novia y yo habíamos terminado y llevaba el mismo número de meses sin dormir bien desde que pasó eso.

La vida del adulto es una basura, eso es algo que deberían decirte cuando eres niño, pero nadie lo hace y creces creyendo que ser adulto es bueno porque hacen lo que quieren y nunca parecen preocupados, graso error, siempre estás asustado, tienes preocupaciones todo el tiempo, rara vez tienes claro lo que deberías hacer, por consecuencia siempre arruinas todo, trabajas porque tienes necesidad de hacerlo, la mayoría del tiempo detestas tu trabajo porque tu jefe es una tirano insensible.

Pero nadie te lo dice y lo tienes que vivir cuando acabas la carrera y no encuentras un buen trabajo porque no tienes experiencia. Afortunadamente no odiaba uno de mis dos trabajos pero el otro era un

martirio, tener que dar clases a adolescentes es todo un reto, más si son mimados y sus padres les cumplen sus caprichos. La mayoría de las veces en el Instituto San Patricio me he llevado bien con todos mis alumnos pero cuando se ponen en su plan pesado las cosas suelen complicarse bastante. Pero al ser las menos podría decirse que tenía mucha suerte, más que la de mis otros compañeros que salieron conmigo de la carrera, los cuales se perdieron en la inmensidad del campo laboral y no ejercieron algo relacionado con la filosofía.

Cuando comenzaba a acercarme a mi destino final paré mis pensamientos porque de nuevo vi algo que me inquietó, algunos de los edificios que ahora pasaban rápidamente del otro lado de la ventana parecían estar en ruinas, muchos ya no tenían techos y a sus pies había restos de ventanas y paredes que alguna vez estuvieron dentro de ellos. De un momento a otro todo esto desapareció y yo me levanté para bajarme del metro bus.

3

Ya en el salón de clases en la facultad pude disipar mi nostalgia y exponer con tranquilidad los paralogismos de la razón pura, un tema bastante complicado pero que gracias a un trabajo que realicé en un momento de la carrera pude comprender, con lo cual ahora lo transmitía a mis alumnos que van adentrándose en el laberinto que suele ser el pensamiento y la filosofía de Kant.

Durante las horas de clase no me paso que viera en mis alumnos a personas viejas y desgastadas como me había pasado en el metro bus sin embargo, comencé a ver de nuevo todo avejentado en mi almuerzo, que consistía en una quesadilla que siempre comía en las bancas que había alrededor de las islas en el campus central. Los chicos que pasaban a un lado y frente a mí se veían viejos, con arrugas y cabelleras blancas. Los edificios que contenían las facultades estaban en ruinas, de vez en vez se veía una viga que se resistía a caer, el pasto de las islas era de un color anaranjado rayando casi hasta el gris como si solo fuera ceniza, los árboles estaban secos, tal era su aspecto que parecía que si los tocabas se caerían con un sonido hueco.

Estas visiones me comenzaron a preocupar pero el pensamiento de que solo se debieran al cansancio que experimentaba por no dormir me hacía disipar dudas. Así que solo me ocupé de almorzar, ir al baño y dirigirme a mi otro empleo en el instituto San Patricio.

De nuevo tomé el metro bus, esta vez me bajaría hasta la estación Napoles, como el trayecto duraba veinte minutos pensé que sería una buena idea tratar de dormir para ver si así podía acabar con esas visiones tan raras, pero no lo conseguí. Todo el tiempo me mantuve despierto con lo cual las visiones de un mundo donde todo estaba avejentado o a punto de expirar volvieron. Calles, perros, árboles, personas, autos, todo parecía

sacado de un apocalipsis, donde toda vitalidad había sido succionada para dar paso a la decadencia y la muerte.

Cuando por fin bajé del metro bus pude experimentar una sensación de alivio porque la velocidad y el movimiento parecían acrecentar los periodos en los cuales veía ese mundo en ruinas. Comencé a caminar entre la gente y miraba su aspecto con atención lo cual más de una vez me granjeó el que me miraran feo. Sin embargo el comprobar que aún estaba en este mundo lleno de vida y no en aquel donde ésta parecía haber sido succionada me hacía sentir tranquilo.

En el trayecto a pie de la estación Nápoles hasta el instituto San Patricio me detuve a observar todo, la verdad es que el contraste del color gris y avejentado de mis visiones hacía que el contemplar las cosas como se suponen deberían ser me colmaba de mucho alivio.

Ahora que lo pienso debí parecer muy excéntrico al detenerme a ver los árboles y los arbustos que había en las calles, el acariciar perros y verlos mover la cola con tanta vivacidad y sonreírles, todo eso debió generar en más de una persona que me observó el juicio de que o estaba drogado o estaba loco. La verdad es que era más lo segundo que lo primero, estaba loco porque las visiones de aquel mundo decadente habían sido una verdadera tortura en el metro bus, todo parecía caerse, desmoronarse; era como si un simple soplo pudiera desintegrar todo en una polvareda.

Finalmente llegué al instituto San Patricio y todo al igual que en la facultad pareció transcurrir normalmente, pasaba de un salón a otro explicando distintos diálogos de Platón, todo esto hasta que el reloj marcó las siete de la noche y mi jornada como maestro concluyó. Ese día decidí dar unas vueltas más en la colonia Nápoles para poder mitigar mi susto y así reafirmar que todo eso de las visiones del mundo decadente no eran más que fantasía y producto de mi mal dormir.

Todo pareció transcurrir bien hasta que de nuevo tomé el metro bus, ahí de nuevo el mundo de la decadencia reapareció con toda su intensidad, solo que esta vez no era una visión, de alguna manera me había adentrado en ese mundo extraño y terrorífico. El vagón del metro bus en el que iba estaba lleno de personas raquíticas y viejas, todas parecían estar en huesos y el contacto con ellas era repugnante y desagradable. Aquí se añadió algo más pues el olor que despedían y que hasta ahora no había percibido era nauseabundo, era el olor de la muerte y la descomposición. El vagón se volvió una cámara llena del aroma más insoportable que solo los que trabajan en la morgue conocen.

En la siguiente estación me bajé presa del pánico, esperando haber escapado de ese mundo, más no fue así. El espectáculo que presencié fue más horrible aún, al arribar a lo que fue alguna vez la estación vi que varias calaveras con restos de piel y cabello esperaban abordar el metro

bus, salí disparado abriéndome pasó entre huesos y aromas inenarrables. Cuando por fin estuve lejos de lo que alguna vez fueron seres humanos vi que la estación del metro bus era solo una plataforma de concreto con unos torniquetes oxidados y llenos de polvo.

Como ya era de noche la luz de la luna iluminaba gran parte de la antigua estación, voltee para ver si aún había farolas en las calles pero ya no y las que había ya no servían. Todo ese mundo estaba sumido entre la oscuridad y la luz de la luna, sin saber en qué estación me había bajado y tratando de orientarme por las ruinas de los edificios me puse a caminar por insurgentes, rezando a cada momento el volver a ver el mundo al cual pertenecía, a ese lleno de colores, donde las personas no fueran viejas o calaveras en estado de descomposición que despedían ese aroma tan nauseabundo.

En mi caminar saqué mi celular con la intención de hablarle a alguien pero al sacarlo de mi bolsillo el aparato se volvió polvo y se desvaneció a la luz de la luna. Asustado y presa del pánico seguí con mí andar, más de una vez me topé con el camino bloqueado por vidrios, árboles caídos y una que otra viga. Al contemplar el metro bus que pasaba por insurgentes pude ver que parecía una carrosa fantasmal llena de calaveras que miraban en mi dirección. Todo esto me producía un escalofrío porque el mismo aspecto del derruido metro bus lo presentaban autos y motos que circulaban por la gran avenida, las cuales eran conducidas por lo que alguna vez llegó a ser una persona llena de vida.

Por la acera no caminaba casi nadie, de vez en cuando me encontraba con una calavera pero de ahí en fuera todo estaba solitario y, este fue un elemento más que se sumó, el silencio. A pesar de que vehículos y el transporte público pasaban cerca de mi no producían ruido alguno, todo eso era un infierno.

4

Cuando comencé a acercarme a lo que creí era lo que quedaba de parque hundido sentí un vuelco en el estómago, parecía un campo arrasado, todo lo que se podía contemplar a la luz de la luna era pasto gris con troncos de árboles resecos y negros. Aquel lugar, al igual que todo lo que le rodeaba parecía arrasado.

Al caminar por la calle aledaña a él y que conducía a mi departamento, pues no se me ocurría ningún otro lugar al cual ir, vi a alguien sentado debajo de uno de esos árboles secos y a punto de derrumbarse. Sentí algo extraño porque me resultaba familiar de una manera inexplicable, así que contrario a lo que venía haciendo desde que entré en este mundo decadente decidí acercarme a esa persona.

De alguna manera lo supe o sino, al menos lo presentía, pero cuando la distancia se fue acortando entre ambos supe que la persona -si es que todavía lo era-, que se hallaba al pie del árbol era Joselyn. Como me daba la espalda aún no contemplaba su rostro así que me acerqué más aún, su vestimenta era igual a la que usó la primera vez que salimos, la luz de la luna y la sombra del árbol no permitían ver nada más.

Continué caminando hacia ella y traté de decir algo pero no salió nada de mi boca, lo único que pareció fluir de ella fue el sonido de algo que lleva mucho tiempo atascado y luego trata de ser movido, eso no me inquietó, sabía de alguna forma que el sonido no era algo que pudiera apreciarse en este mundo. Cuando estuve detrás de ella pude ver que se movía como si gimoteara entonces le toqué la espalda y cuando se volvió grité, o al menos eso creí porque de nuevo lo único que pude apreciar fue el mismo sonido de algo atascado que trata de ser movido. Toda ella poseía el mismo aspecto que los seres que había contemplado a lo largo de este mundo de decadencia, estaba avejentada y su cabello era igual de blanco que el de la nieve. Al principio no pareció reconocerme pero cuando lo hizo realizó la misma expresión que una persona que es presa de un pánico y un terror inexplicable.

Ella me tomó por la manga del abrigo que llevaba y me puso un espejo de mano que estaba partido a la mitad, un poco lleno de polvo, pero aún así podía reflejar bien o eso me lo pareció porque primero enfocó la noche oscura sin estrellas y luego enfocó a un viejo con un ojo salido de las cuencas, lleno de arrugas y cabello blanco. En lo que debería ser su boca solo se veía la quijada descubierta sin piel, puro hueso. Quise gritar pero no pude, entonces Joselyn se me acercó y pude ver que ella ofrecía un peor aspecto que el mío su piel se le caía como si de papel se tratara, pude ver mis manos y mi sombra que reflejaba gracias a la luna, no era más que un simple esqueleto con ropa y cabello, quise retroceder ante Joselyn que me miraba entre enfurecida y asustada pero entonces caí…

5

Estaba en la habitación de mi departamento, la gotera había cesado su ininterrumpida secuencia y la lluvia también había terminado. Aún asustado por lo que parecía fue un sueño me levanté de golpe y fui al baño, ahí estaba, alto, delgado, pálido, con un poco de ojeras pero el mismo rostro de siempre, ese que denotaba mucha seriedad ante quien me veía por primera vez.

Me lavé la cara y supuse que todo había sido un sueño, que nunca me había levantado y que solo estuve durmiendo todo el día. Cuando fui a ver mi teléfono para checar la hora vi que eran las seis y que había pasado un día, es decir, que era viernes y mi teoría de que había estado soñando era verdad, después de todo no había podido conciliar un buen descanso

desde que Joselyn se fuera.

Me preparé el desayuno y me vestí, justo cuando tomaba mi abrigo para salir de casa noté que algo estaba en el bolsillo izquierdo, lo saqué y experimenté de nuevo el terror, era el espejo que Joselyn me había dado cuando la encontré, estaba igual, roto y lleno de polvo, esto solo me impactó en un primer momento porque lo que realmente me hizo pegar un grito que asustó a todos en el edificio fue que en la manga izquierda del abrigo estaba la marca de una mano esquelética.